

Jimmy Washburn C.

Semblanza académica de Óscar Mas Herrera

Algunos meses atrás unos colegas, amigos todos, nos pusimos en contacto con la inquietud de celebrar la memoria del Dr. Óscar Mas Herrera. Porque habíamos sido alumnos suyos, discípulos y por supuesto, amigos. Luego de varias cenas y almuerzos, de mucha conversación y ratos amenos, llegamos a este homenaje póstumo. Ante todo quisimos honrar su trabajo, su aporte, sus dotes, la dedicación que tuvo para la filosofía y para las personas que gracias a él nos acercamos unos a otros.

Esta noche nos hemos reunido para tejer nuestras memorias y acercarnos a la vida de Óscar Enrique, a sabiendas que son tan sólo unos cuantos pincelazos y otras narraciones agregarían muchos episodios más y regalarían otros detalles. Señalamos lo que conocimos de su persona gracias a los momentos compartidos. Con esas experiencias nos hemos atrevido a armar la semblanza que hoy entregamos.

Nunca antes he tenido que hablar de ningún profesor y hacerlo en esta ocasión me hizo repasar la escasa memoria que conservo de años idos y con lo poco recuperado, me entregué a un juego de recuerdos e imaginación para llegar a unos cuantos rasgos de su persona que todos le conocimos, y que merecen nuestra atención.

Quienes le conocimos primeramente en un aula universitaria, posiblemente fue su menuda persona la primera impresión de un profesor de Filosofía y sus palabras durante hora y media, las primeras noticias de lo que era una lección de Filosofía, junto a un inseparable maletín negro, del cual salían pulcras hojas blancas o de color con redacciones a un solo lado de las hojas. Lecciones enfundadas en carpetas rotuladas con una caligrafía envidiable. Lecciones que recogían sus elaboraciones personales acerca de la filosofía

medieval, Tomás de Aquino, la metafísica del Ser o alguno otro tema o autor de su agrado. Lecciones que recogían sus intuiciones, sus intereses, con apuntes que compartió y otros que permanecieron para su sola consideración. Cualquier entendido en la materia, fácilmente reconocía las fuentes por él utilizadas, pero inmediatamente notaba la amalgama lograda para cada tema, con un dominio de las obras, los autores y controversias del caso. No le recuerdo una exposición con poca documentación ni un tema tratado a la ligera.

Del mismo maletín negro siempre salían libros y algún otro material pertinente como la tiza y el borrador. Nunca rechazó el uso de la pizarra, mas la utilizaba relativamente poco, su apoyo preferido siempre fueron sus lecciones escritas que recogían las pesquisas y las anotaciones que él agregaba al reverso de las hojas. Del mismo maletín salía una estilográfica, su eterna compañera de una letra, de rasgos fuertes y definidos. El orden de sus lecciones encerraba el orden de la exposición, y entre una y otra, siempre hubo espacio y tiempo suficientes para escuchar y responder a las consultas de cualquier estudiante. Las ideas personales, sus convicciones, salían en esos momentos, a modo de ejercicio de diálogo filosófico, mostrando otro modo de hacer la filosofía. La modestia le acompañaba en todo momento: sin dilación confesaba su ignorancia o incapacidad para responder a un determinado asunto que escapara de su competencia.

Las lecciones gozaban del tiempo establecido para cada día, nunca menos, cada programa de curso poseía su propio compás, y la extensión de cada contenido fue cuidada minuciosamente, con el mismo empeño de claridad de todas sus ideas.

Cualquiera encontraba orden en sus lecciones escritas a mano, con una extensión mayor de lo expuesto.

A la mirada atenta ninguno de estos detalles podía escaparse, probablemente muchos de los hoy presentes que le escucharon, recordarán estos y otros más que le caracterizaron. Si hablamos de hacer filosofía, y los estudiantes pasamos por sus cursos para aprender el oficio, sus lecciones diarias ya fueron un ejemplo a seguir. Debo confesar que el trabajo académico que hoy realizo le adeuda a Óscar Enrique su cuidado y empeño.

Ahora bien, tan solo he mencionado lo más visible del trabajo de nuestro querido maestro. ¿Cómo se producían dichas lecciones? ¿Qué sucedía antes de pasar a la tinta impresa en el papel? ¿Cómo se hace la filosofía tras bambalinas? Preguntemos qué sucedía antes de sus lecciones de las tres de la tarde, el día o la semana anterior a la lección. Creo que sin pena alguna hay que mencionar sus imperdonables siestas vespertinas, de teléfono desconectado y pijama. Pero el merecido descanso que nadie pondría en duda, se hizo acompañar de mucho trabajo.

Corrían las lecciones del primero o segundo semestre del año 1981 cuando conocí al profesor Óscar Enrique Mas. El año anterior, cursando las anuales Humanidades me convencí de estudiar Filosofía por las estimulantes lecturas que había realizado. Al comenzar mis estudios de filosofía, uno de los primeros cursos que recuerdo haber matriculado fue el de *Introducción al Pensamiento Hebreo*. Le recuerdo ingresar a un aula de Ciencias Económicas con su maletín negro y su particular cartera de cuero conteniendo sus pertenencias. Ni idea tenía de cómo se preparaba una lección de Filosofía, no tenía idea de cómo él las preparaba ni cuánto tiempo dedicaba a ello, sólo recuerdo la gran impresión que me causó escucharle.

Una fecha de tantas de dicho curso, luego de haber sobrevivido una de las interminables inundaciones de la Facultad de Educación por donde debimos transitar, terminamos en su casa tomando algo o simplemente conversando. Ese día, algo intimidado por la personalidad del profesor, descubrí que las puertas de su casa no sólo se abrían para la hospitalidad, sino para el quehacer filosófico. Ese fue la primera de abundantes visitas,

porque él estuvo convencido que la filosofía se nutre de mucho más que las elaboraciones dentro del aula. Estaba convencido que la filosofía reclama el trato personal y cercano para exponer los argumentos, las dudas y las certezas. La sala de su casa, el estudio, la mesa del comedor, fueron sitios idóneos para hacer filosofía.

De esa primera visita en adelante comprendí que sus lecciones se componían de muchos elementos: un sitio dedicado al estudio, una amplia biblioteca de respaldo, un gran escritorio, muchos materiales alrededor como su fichero, pero también muchas horas dedicadas a la lectura, a la escritura de las lecciones, la revisión permanente de sus apuntes.

Pero las muchas visitas también me hicieron comprender que una de las exigencias de la filosofía era el apremio permanente por hablar los pensamientos, con estudiantes, con los autores por él consultados, con colegas. Las sillas de su estudio y los sillones de su sala siempre acogieron a quienes le buscaron para discutir y examinar pensamientos, y me atrevo a asegurar que nunca le faltó quién le buscara para ello.

Sus libros fueron uno de sus tesoros, difícilmente prestaba alguno, pero siempre estuvo disponible para que los estudiantes le visitaran y tomaran su rato consultando su biblioteca. Nunca negó un libro, como tampoco negó sus comentarios, tomó su tiempo para dar los mejores consejos acerca de las obras más recomendables a leer. En una de las primeras visitas que hice a su casa, por supuesto conocí su estudio y su colección de libros, recuerdo haber tomado un volumen y al intentar colocarlo en su lugar rasgué la cubierta de papel del libro. Ya conociéndole, sabía que había hecho algo terrible y claro que él se dio cuenta, pero lo dejó pasar, no era para menos que protegiera sus libros, muchos de ellos no se consiguen en nuestro país, ni se los conseguía en aquellos años. No obstante, ese episodio, su estudio siempre estuvo abierto para quienes tuvieran alguna pesquisa entre manos.

Su idea del quehacer filosófico se hizo acompañar de una fórmula muy particular: se extendía a su comedor, donde estudiantes, amigos y colegas disfrutamos infusiones, de *delicatessen* a las cuales nunca renunció y por supuesto, de conversaciones matizadas de bromas, unos cuantos

chismes, de episodios de su vida, desenfados y sueños. No faltaron confesiones personales entre las varias tazas de té disfrutadas.

Su casa fue un sitio de encuentro, por él desfilaron muchas personas y de cuando en cuando quienes le visitamos tuvimos la oportunidad de conocer a otros estudiantes y amigos suyos. Fue la primera imagen de la filosofía, conocida en el aula, pero también hubo otra imagen, la que él generosamente ofreció en su estudio y sala, la que más ha calado en nuestras vidas.

Rodeados de libros, acompañados de alguna tonada de Bach, alumbrados por las lámparas y con idas y venidas del escritorio, surgió la filosofía, esa misma que no apareció nunca en sus lecciones escritas y dictadas en algún aula de la Sede Rodrigo Facio. Podría decir que fue una filosofía que nunca escribió, quedó en la palabra hablada, la ofreció y dialogó con quienes tuvimos la dicha de llegar a su casa y pasar largas horas allí. Este breve relato de su experiencia de la filosofía nunca salió de su maletín negro y él bien lo sabía, por ello nunca cejó en su tarea de acompañar a sus estudiantes, en ofrecer orientación y escrutinio, en alentar.

Luego de muchos años de haberle conocido, me he puesto a pensar qué significa hacer filosofía, y al margen de la seriedad con que se dedicó a sus posiciones personales y sus compromisos morales y políticos, también he entendido que la filosofía se hace acompañar de buen humor,

de anécdotas, de confesiones y de sueños: hasta dónde nos puede llevar. Digamos que estudiar filosofía a su lado significó aprender a vivir, a gozar de los buenos momentos, de las buenas amistades, de las buenas comidas y por supuesto, de las buenas siestas. Significó reírse, tomar las cosas a guasa de cuando en cuando, pero también pelear con agudeza las ideas, siempre reconocer sus fuentes, identificar fisuras conceptuales o debilidades argumentativas, pero también mostrar la ignorancia, el desacuerdo y el respeto por la diferencia.

Las largas horas en su casa nos mostró cómo él hacía la filosofía, aprendimos a leer, a cotejar, a tomar apuntes, a escribir, pero sobre todo el contacto con la filosofía que nos ofreció nos ayudó a entender que la filosofía es un arte de vivir.

Óscar Enrique nos adelantó en la partida, y ante todo, le guardamos un profundo agradecimiento por el tiempo que nos dedicó, por las palabras que cuidó darnos a cada uno de los que nos acercamos a aprender la filosofía, por su mediación para aprender y gestar la amistad que hoy nos ha convocado. También le agradecemos su generosidad y hospitalidad, sus enseñanzas sin prisas, con ese ritmo que sólo la filosofía tiene, resistente a someterse a horas y días. Su legado mayor ha sido la amistad entre quienes fuimos discípulos suyos y el amor a la sabiduría que todos buscamos.